



PEREDA Y SU ÚLTIMO LIBRO¹

Primera manera de Pereda.—Indicios de la segunda.—*El Buey suelto*, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo tal astilla*.—Influencia en Pereda de los nuevos rumbos literarios.—Pereda, gran novelista en *Pedro Sánchez*.—Pereda pintor y escultor.—Comparación con Fernán-Caballero.—Evolución del talento de Pereda : va desapareciendo la *tesis*.—*La Montálvez* y sus probables orígenes.—*Nubes de estío*.

AUTORES como el ilustre montañés (no sólo por sus merecimientos, sino por lo que representan en nuestra vida literaria, que si faltasen ellos perdería mucha parte de su intensidad), son dignos de que no nos limitemos á examinar sus obras conforme van publicándose, sino

¹ *Nubes de estío* : por J. M. de Pereda.—Madrid, 1891. Un tomo.

que las consideremos anillos de una cadena curiosamente labrada, que valen por su enlace mucho más que sueltos, y les consagremos una ojeada retrospectiva de vez en cuando. Así, al par que les tributamos justo homenaje, vamos aprendiendo con el educador espectáculo del desarrollo más ó menos ascendente de un ingenio y un temperamento de primer orden en la esfera artística.

Pereda, durante su carrera gloriosa y fecunda, ha tenido ya dos maneras diferentes, no en cuanto á la forma, sino en cuanto á la ideación y alcance de sus libros. La segunda manera arranca, si no me engaño, de la novela titulada *Pedro Sánchez*, en la cual se patentiza irrevocable resolución de ensanchar los límites de aquel huerto «bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y salubres auras campestres»,—pero huerto al fin, no extensa llanura ni dilatado parque,—de que hablaba yo en cierto libreo¹. Quien

¹ *La Cuestión palpitante.*

coteje á *Pedro Sánchez* con las demás obras de Pereda, verá que allí hay algo *más*—nótese que no digo algo *mejor*—de lo que había antes de la hora felicísima en que ese hijo de bendición vino al mundo.

Son las creaciones anteriores de Pereda lienzos de paisajes y marinas de la costa cantábrica, y artículos de costumbres, donde seguimos la transformación del Santander sin muelles, teatro ni paseos, en el Santander de cuarenta mil almas, con su ostentoso caserío, sus cafés, casinos y salones (metamorfosis que en el fondo del corazón tiene inconsolable al insigne montañés). Sus modelos son Cafetera el raquero, el ganadero Antón Perales, la costurerilla inortográfica y coqueta, el infeliz Tuerto, el nunca bien ponderado tío Tremontorio, el decidior tío Merlín, el fachendoso jándalo Celi-puco, los golosazos comilones Paula y Blas, el linajudo fidalgo don Robustiano Tres-Solares, los *trashumantes* grotescos que empezaban á inundar la playa

santanderina, el piloto del tipo añejo y neto, con « mucha greña y cada puño como una mandarria », los ociosos de la clásica Guantería, el delicioso dómine don Bernabé (¡candonga!), el esparterista acérrimo don Valentín Gutiérrez de la Pernía, Resquemín, Tablucas y demás figuras de cuadro flamenco, saltando de parecidas, aunque á ratos caricaturescas, y reproducidas con tan nimia y sorprendente exactitud de detalles y accesorios, que no nacerá quien las retrate mejor, ni tan bien, y probablemente nadie se atreverá ni á intentarlo, no estando *con Roldán á prueba*. Ese mundo rural ó de capital provinciana, con sus bastidores de mar, montaña ó valle — telones que á veces eclipsan á los actores, y casi siempre á lo que estos actores representan — es de la exclusiva pertenencia de Pereda, como son de Murillo sus cielos inflamados de gloria, y de Claudio de Lorena sus oleajes teñidos en la púrpura del ocaso.

Mas aun sumando todos los méritos del articulista de costumbres, del retratista,

del moralista local, del paisajista y del marinista asombroso, la adición no daba por resultado *igual á novelista*. Novelista quiero decir, en el sentido profundo, elevado y amplio de la palabra, aun sin contraerla al significado severo y experimental que le atribuyen algunos ilustres maestros franceses, ni exigirle el remontado vuelo filosófico de ciertos ejemplares de las letras rusas. Pereda lo sentía así en su conciencia, tribunal secreto como el de los Diez, pero, como el de los Diez, inflexible y terrorífico, para el artista de raza. Tentábale y le cebaba con irritante atractivo la gran esfinge de la literatura contemporánea, la Novela, y quería acometer empeños mayores de los ya victoriosamente logrados.

Alguna tentativa en este sentido, anterior á *Pedro Sánchez*, no podía decirse que hubiese conseguido éxito completo. *Los Hombres de pro* es mezquina historieta de campanario, y no rayan más alto las dos narracioncillas *Oros son triunfos* y *La Mujer de César*. *El buey suelto*,

aunque digno en ciertas páginas de la pluma que lo engendró, tiene el mal sino de esas obras que nacen anticuadas, como los adornos que discurren las señoras de lugarón. Pertenece á la época respetable en que los amigos de un novelista solían preguntarle cuando anunciaba un libro nuevo: «¿Y qué se ha propuesto V. demostrar en él? ¿Á qué vicio social le tocan ahora los latigazos?» *El buey suelto* es un puro latigazo, de los que tranquilizan á los susodichos amigos y les persuaden de la *buena intención* del artista. Pereda zurra á los solterones recalci-trantes y aboga por el matrimonio *in facie Ecclesiae*, con argumentos de médico de cabecera ordenando al enfermo una limonada de citrato ó un parche de tapsia. Reducido á las proporciones de *esbozo*, *rasguño*, *escena*, ó artículo satírico, para decirlo redondamente, *El buey suelto* prevalecería, como prevalecerán otras acuarelas de la misma mano. En concepto de novela, no dejará huella en la literatura del siglo que lee á Balzac, á Tolstoy,

á Flaubert, grandes y serios anatomistas del matrimonio.

Don Gonzalo González de la Gonzale-ra ya puso el tiro más cerca del blanco. Mejor aconsejado el autor, no eligiera un asunto de interés tan general y humano como es la unión de los sexos sancionada por las creencias y la ley, concretándose á estudiar los efectos desorganizadores de las luchas políticas en el microcosmos idílico y patriarcal de una aldea de la montaña. Reducido es el escenario, pero en él caben holgadamente la poesía y la verdad. En cuanto á la parte de sátira política, manejada con gracia y destreza, no tiene importancia histórica, ni será, como alguien dijo ahuecando la voz, *padrón de ignominia* para la revolución española: no lo será, porque sucesos de tal magnitud no se miden por sus efectos en una aldehuela, sino por el beneficio que, á la larga, reportan á toda la Nación, consistiendo á veces el beneficio—nadie se asombre—*en el mismo cambio únicamente*. Maldecir del arado, si su

diente de hierro estropea las florecillas azules, es un *fernán-caballerismo* que no he de censurar en ningún artista, por más que nada pruebe. El estilo, el modo de narrar, en *Don Gonzalo* son de maestro, aunque falte composición, y aunque la parte sentimental, ó sean los amoríos de Magdalena y Álvaro y el cariño paterno de D. Román adolezcan de la sequedad y del acartonado convencionalismo con que Pereda suele tocar esta clase de resortes.

De tal palo tal astilla es otro aspecto de la fisonomía del Pereda reaccionario. Hubo un tiempo en España en que las luchas políticas tomaron carácter de sañuda polémica religiosa. La guerra civil, con su veste teñida de sangre y orlada de llamas, se trasladó del campo al libro, y el neo-catolicismo y el liberalismo batallaron en el periódico, en el teatro, en la novela. *Gloria*, de Galdós, y *De tal palo tal astilla*, de Pereda, son testimonios de esta situación anormal, transitoria como todo lo violento, y después de la cual, por

justa ley, habían de retornar los autores ilustres, con más elasticidad y más reposo, á la serena beatitud del arte. Si en *Don Gonzalo* Pereda lloró la desaparición de las patriarcales costumbres de una aldea montañesa, en *De tal palo tal astilla* presentó el conflicto de la fe y el libre pensamiento, representada la primera por una doncella medio teóloga y el segundo por un mancebo ateneísta, que no va á misa ni atado. Su lucha es lucha de abstracciones y símbolos, más que de humanos seres: lo que les lleva al combate, y lo que mueve ocultamente la pluma del autor, no es la *religiosidad*, sentimiento altísimo, efusión de caridad suprema, homenaje de la criatura que entrevé la suma bondad y belleza de Dios y se postra; lirismo santo, que nos hace mejores, más tiernos, más humildes; no; lo que inspira á Águeda y á su novio es el fanatismo, que divide á los hombres, mientras la religión los une, los hace hermanos. Águeda es una lectora de *El Siglo Futuro*; Fernando, un lector de *Las Dominicales* ó

cosa análoga. Su religión es política, política su amor, política el desenlace, política el último y falso diálogo de la doncella y el padre infeliz, diálogo que subleva por imposible, por inhumano, ¡por impío!

No había logrado pues Pereda manifestar en sus ensayos de novela nuevas y generosas aptitudes que igualasen á las ya demostradas en sus trabajos cortos. El paisajista, y en general el pintor, seguían acertando: el novelista no se afirmaba aún. En el mismo *Sabor de la tierra*,—obra más desinteresada, franca de tesis, nada demostrativa, propuesta únicamente á reproducir la íntima hermosura de una región, la imagen poética que de ella se alza como fantasma de dorada neblina, visible sólo á los ojos del contemplador que *sabe* soñar,—lo que apareció fué justamente *eso*, la *tierra*, una serie de inimitables descripciones, apuntes y manchas, no el cuadro de composición cuyo proyecto flotaba sin duda alguna en la mente de Pereda.

Pocos espectáculos me infunden tanta simpatía y respeto como el de un artista excelso ya, que en vez de darse por conforme con los lauros adquiridos, de fosilizarse repitiendo y tal vez atenuando sus efectos, indaga, bucea, medita, ahonda en sí propio, y se nos ofrece reencarnado y transformado. Aun cuando Pereda, con alarde de independencia excusable en escritor tan personal, se niega á reconocer el poderoso influjo de la atmósfera literaria y la disimulada violencia que nos hacen las nuevas corrientes artísticas, la verdad es que su talento puede contarse en el número de los que más dócilmente se orientaron, sensibles á las oscilaciones de la temperatura. Costumbrista al principio, discípulo y émulo de Larra, Mesonero, Trueba y Fernán; luego novelista tendencioso, apóstol y predicador, cuando aún vibraban en el aire los clamores de pelea entre la España nueva y la España antigua, quiso, aplacada ya la contienda y llegados tiempos de plenitud para la novela española, ser novelista, y

novelista pacificado, tolerante y de alto vuelo. No todos tienen pecho y ánimos para aceptar así las nuevas eras. Los escritores á quienes sorprende una transformación literaria con su fama bien cimentada ya, los métodos propios en el mayor grado de perfección, la pluma avezada á ciertos recursos que son las triquiñuelas del oficio, y el espíritu vagamente deseoso de esa quietud y estabilidad á que aspira el cansancio latente de la madurez, repugnan tanto las innovaciones, que á veces prefieren la licencia absoluta. Yo no creo que debamos atribuir solamente al azar el hecho de que los novelistas idealistas españoles se retirasen de la palestra cuando apareció en ella, arrolladora y triunfante, lo que generalmente se llama *novela realista*. Pereda no necesitaba reformar su código literario (razonado ó instintivo) ni poner en tortura sus facultades, para estar *en el movimiento* (y perdónese el galicismo notorio). Estas facultades privilegiadas encontrábanse además en todo su vigor,—que casi siem-

pre coincide con la edad viril del artista, la década de treinta á cuarenta,— cuando salió á luz *Pedro Sánchez*.

El éxito guardó proporción con la magnitud del esfuerzo. Rara vez he visto semejante unanimidad en los fallos de la crítica oral, de esa crítica rápida, decisiva, sin considerandos ni resultandos, que toma forma de exclamación ó de gesto, y que tan bien resume el efecto de un libro. Se pronunció el nombre de *Gil Blas*, y un respetuoso murmullo hizo subir á Pereda, de golpe, varios escalones—de los más próximos á la cima.—Únicamente los que padecemos el inveterado achaque de la comparación, base del juicio, hicimos, no restricciones, sino salvedades. Escribía yo—y séame permitido citarme á mi misma—en un *Lunes de El Imparcial* (Enero de 1884): «*Pedro Sánchez* es la novela *más novela* que hasta el día brotó de la pluma de Pereda, y lo es por la trabazón, la unidad, el interés excitado con recursos de buena ley, y el detenido estudio de un carácter, *sin que esto se*

oponga á la supremacía de ciertos cuadros anteriores del mismo Pereda, insuperables en originalidad típica y sabor local.» Claro que al hablar de supremacía no me refería al género, sino al modo como el artista desempeña ese género. El artista, á no ser un prodigio de la naturaleza, no está condicionado para desempeñar todos los géneros con igual maestría, y casi siempre descuella en uno, que es su especialidad, su reino. Á Pérez Galdós, por ejemplo, le es difícil redondear y encerrarse en espacio reducido; no maneja el cuento, la *nouvelle* ni la narración corta; necesita desahogo, páginas y más páginas, y, como el novelista ruso Dostoyewsky, domina la pintura urbana y no la rural. Lo contrario le ocurre á Pereda. Antes pone el marco que el lienzo; prefiere el campo á la ciudad, y no digamos á la corte, y se hizo novelista, pero nació costumbrista, porque ve admirablemente, como nadie, ese movible panorama, superficial y pintoresco, que cada año se modifica—mientras el alma

permanece. Galdós siente y observa; Pereda enfoca, y de él, como de nuestros viejos novelistas picarescos, lo que saborearán las generaciones venideras con más golosina será una figura suelta, una cabeza trazada con valentía, un momento de la vida local, algo que se desvanecería si no lo fijase su brocha de oro.

Noto que, sin poderlo remediar, prodigo al tratar de Pereda las comparaciones tomadas del arte pictórica. No es culpa mía. Hablando de Galdós, emplearía símiles de la poética. Y es que los dos insignes maestros de la novela contemporánea se diferencian radicalmente en lo mismo que, según el excelente crítico Calixto Oyuela, se diferencian el arte griego y el cristiano, tendiendo el primero á lo exterior y sensible, al relieve y la línea, y prefiriendo el segundo los vagos dominios del espíritu, lo interno y psicológico. No quisiera que nadie extremase la distinción y me hiciese decir, por ejemplo, que el arte de Pereda es materialista, es plástica pura. La plástica sobre-

abunda, pero no satura completamente las obras de Pereda. Si sus cuadros religiosos son como los de Velázquez, les falta unción y calor divino, en cambio sus lienzos campestres ostentan á veces la dulzura, la verdad sugestiva y melancólica de una obra maestra de Bretón ó Millet. La égloga moderna, real, hermosa en su desnudez, con reminiscencias virgilianas, acaso no tendrá en España mejor intérprete que Pereda. Ahí sí que le podemos considerar artista original y revolucionario, *apporteur de neuf*, según el feliz é in traducible neologismo de Goncourt. Galdós, en su prólogo al *Sabor de la tierruca* (prólogo que es un dechado de generosa fraternidad literaria, casi un acto de virtud en estos tiempos de *lucha por la existencia*...., ó dígase en castellano, de personalismo y envidia sordomuda), señala, como mérito especialísimo de Pereda, la introducción en la novela del lenguaje popular. Fernán-Caballero le había precedido: no lo desconozcamos. Yo encuentro á cada instante en la filiación

literaria de Pereda las huellas de la angélica escritora, no tan admirada hoy aquí como lo sería en otro país más atento á genealogías. No me detendré á inventariar las diferencias entre la maestra y el discípulo, ya maestro también: son capitales y pueden resumirse en una línea: Fernán, no por la época en que vivió, sino por naturaleza, era idealista y sentimental; Pereda es lo contrario. Si pretendiese demostrar la distinta índole de ambos talentos por medio de una cita, elegiría dos retratos.... ¿de personas?... no; de árboles. Ved cómo pinta Fernán un naranjo en *La familia de Alvareda*: «En medio del espacioso patio se alzaba frondoso, sobre su robusto y pulido tronco, un enorme naranjo. Un arriate circular protegía su base como una coraza. Desde infinidad de generaciones había sido este hermoso árbol un manantial de goces para esta familia. Las mujeres hacían de las hojas del naranjo cocimientos tónicos para el estómago y calmantes para los nervios. Las muchachas se adornaban con sus flores y hacían